



UNR

Facultad de psicología

Cátedra Trabajo Integrador Final

Trabajo integrador final

La extensión digital. Un comentario psicoanalítico sobre la identidad
mediada por la técnica.

Modalidad: Ensayo

Alumno: Luis Rosa

DNI: 39369912

Legajo: R-5634/1

Docente Responsable: Lic. Sebastián Assaf

Índice

- Resumen	2
- Introducción	3
- Desarrollo:	
I- Técnica e identidad	5
II- Narciso digital	11
III- El contenido y lo real	16
- Conclusiones	19
- Referencias bibliográficas	21

Resumen

El presente trabajo indaga sobre las presentaciones actuales de la identidad a partir de su mediación por dispositivos digitales. Su punto de partida es la relación entre el humano y técnica como modo de interpelación de las formas de la identidad en el presente. Desde un enfoque psicoanalítico se problematizan dichas categorías siguiendo dos articulaciones teóricas: 1) la enseñanza temprana de Lacan y la primacía de lo simbólico, para lo cual se seguirá lo desarrollado como "Esquema Lambda"; 2) el viraje hacia lo real a partir de la indagación sobre el objeto a, "única invención" lacaniana. Se concluye que, si bien la extensión digital de lo humano presenta una sobredeterminación imaginaria al modo de una demanda estética, lo erótico persiste en rededor de una mutación técnica que aún nos resulta desconocida.

Palabras clave: técnica - identidad - psicoanálisis.

Introducción

La extensión digital es un espacio. Este espacio es resultado del avance tecnológico, involucra a la problemática de la técnica. Se caracteriza por inmiscuirse en forma esencial con lo subjetivo. Aclaremos, aunque al menos desde la modernidad se puede establecer algún tipo de relación entre el avance técnico y la mutación de lo subjetivo, vemos que lo digital establece una lógica otra, un corte en la relación de la máquina con el hombre que pone en su centro de producción a lo subjetivo. De ese modo, la experiencia humana mediatizada por lo digital hace a una dimensión psicológica cuyos primeros rasgos podrían rastrearse en el nacimiento del World Wide Web por los años '90s, pero que solo con el fácil acceso a dispositivos como los Smartphones y en el desarrollo del Social Media termina por acontecer. Se produce un nuevo tipo de síntesis, esto es, una parte del sí mismo pasa a desplegarse en su mediación técnica. Responde a sus lógicas, se hace a sus formas.

En este contexto las transformaciones de la identidad como efecto de la mutación subjetiva digital deben considerar al menos dos dimensiones: a) la del avance técnico y su relación con el hombre, en este caso, presentada en la interrelación de lo digital y lo subjetivo; b) la del capital privado que dirige, en su lógica de autoproducción y crecimiento, los medios por donde se despliega esta nueva psicología. Doble registro que se unifica en el mismo punto, la no neutralidad de este desarrollo técnico, o para decirlo de otro modo: el avance del capital ha logrado, por vías técnicas, crear un espacio de producción que requiere de lo subjetivo como productor y como producto para la generación de valor.

Desde fines del siglo XIX y durante el siglo XX la generación de capital mediante la explotación del trabajador se establece como una de las críticas centrales en los desarrollos marxistas. En el presente no se requiere ser trabajador para ser explotado, el único requisito es tener un Smartphone. Dispositivo digital privilegiado donde encontramos el espacio codificado, la extensión digital, que en la forma de aplicaciones será el lugar donde se despliegue la dimensión psicológica que nos convoca.

Lo que allí acontece es un nuevo modo de producción. Una modalidad de generación de capital que, a partir de la distribución de dispositivos como el Smartphone en el entramado social, lograron la normalización en lo cotidiano de modalidades inéditas de relacionarse con los otros y con uno mismo. Surgimiento de nuevas formas de ser en el mundo, de nuevas configuraciones de la identidad.

Llegados a este punto podemos preguntarnos: ¿de qué modo funciona esta modalidad de producción? O en otras palabras: ¿por qué son gratuitas las aplicaciones más utilizadas? Porque es con la interacción al interior de la aplicación que el usuario produce capital. La producción en medios digitales es informacional. Por intermedio del código de las aplicaciones

que usamos se producen flujos de información que por distintos circuitos de retroalimentación generan formas más especializadas y precisas de funcionamiento. Y esto con un nítido resultado: que el usuario utilice durante más tiempo las plataformas, la extensión de lo digital.

Solo a partir de la consideración de este nuevo tipo de producción, de su avance técnico, se puede pensar cómo se pone en juego aquello que es el punto de partida de este desarrollo, la identidad. En consecuencia, se busca descifrar cómo la extensión digital, espacio técnico y de producción, moldea la subjetividad en formas que aún nos resultan desconocidas.

Para ello debemos indagar sobre la relación entre el hombre y la técnica, captar allí lo específico de la extensión digital. Camino que permitirá establecer las formas que toma la identidad en el presente, para finalmente, desde una perspectiva psicoanalítica repensar y problematizar esta relación entre el avance técnico, la mediación de dispositivos digitales y la identidad.

I. Técnica e identidad

“el porvenir del psicoanálisis es algo que depende de lo que ocurra con ese real, a saber, de que los «gadgets», por ejemplo, se impongan verdaderamente, que verdaderamente lleguemos a estar animados por los «gadgets»”

Lacan, La Tercera

Hombre y técnica no poseen una relación unívoca, esto es, su imbricación, tal como se presenta en la actualidad, responde a una época, para ser precisos, a formas de lo político. Esta relación, de raíces modernas, adquiere cierto tipo de culminación en la conjunción del hombre y de la técnica dentro de la revolución industrial, donde la producción en masa deviene en necesidad de Estado. Podría pensarse allí cierta direccionalidad, es decir, el plano político haciendo uso de lo técnico, y como tal, dando lugar a los inicios de la superposición del hombre y la técnica.

Si algo nos llama la atención en el presente es el giro de esa supuesta direccionalidad. A partir de cierto momento el camino lo marca lo técnico. La decisión se relega a lo eficiente, y nos encontramos ante la sumisión de lo político a lo técnico. En este punto es que situamos la mutación de lo subjetivo, y algo de la identidad tal como la entendemos comienza a ser el resultado del avance de la técnica sobre el plano de lo humano.

Pero, aunque en lo contemporáneo se presente como un hecho, la relación entre la técnica y lo político no es una obviedad. Por el contrario, en la antigüedad griega nos encontramos con una situación peculiar donde “el desarrollo del maquinismo pudo ser considerable; pero quedó en la nada” (Schuhl, 1955, p.25), el dominio técnico en la época clásica perteneció más al juego y al asombro que al dominio de las fuerzas naturales (Vernant, 1974). Incluso, sabemos de la existencia de pequeñas máquinas a vapor que lejos de presentar algún tipo de uso en términos utilitaristas aparecía como “una curiosidad divertida, un juego” (Schuhl, 1955, p.26).

Momento pre político de la técnica que según Vernant (1974) necesitaría una serie de condiciones para cambiar de rumbo, “El arranque del progreso técnico supone, paralelamente a las transformaciones en el orden político, social y económico, la elaboración de nuevas estructuras mentales” (p. 301). Viraje en el pensamiento que conformaría a lo moderno. De allí, un progreso técnico del cual destacaremos dos ejes: 1) la precisión y la metáfora del reloj; 2) la industrialización y la producción de mercancía.

El primer eje tal vez se resume en el título de un artículo de Koyré “Del mundo del “aproximadamente” al universo de la precisión” (1994), esto es, que el mundo natural, y no solo el celeste, pasaría a ser parte de lo medible, “la idea de exactitud toma posesión de este

mundo y el mundo de la precisión llega a sustituir al mundo del “aproximadamente” a través del instrumento de medición” (p. 120). El cálculo matemático desciende de los astros a lo terrenal, la práctica del saber hacer pasa a ser resultado de una teoría constituida por el cálculo preciso de las cosas. Cálculo exacto que permitiría la producción de las primeras máquinas, y a la par la construcción de una nueva concepción del mundo y de lo humano. La realidad misma pasa a ser una gran maquinaria “lo que distinguía a la nueva filosofía era su reivindicación de analizar los fenómenos de la naturaleza como si fueran operaciones de una maquinaria” (Mayr, 2012, p. 90). Se inauguraba la filosofía mecanicista, y su metáfora princeps es el reloj:

Las relaciones de causa y efecto entre las ruedas, resortes y pesas de la maquinaria eran abiertamente visibles, sin ambigüedades, y traducibles al lenguaje matemático. Y la convicción fundamental de Descartes era que las relaciones causales del mismo tipo eran la base de los procesos de la naturaleza (Mayr, 2012, p. 100)

Tal apreciación metafísica abre el lugar a la concepción del cuerpo como máquina y es en ese espacio donde se desarrolla el proceso de industrialización, “Descartes le proporciona garantía filosófica a la utilización instrumental del cuerpo en diversos sectores de la vida social. La metafísica que inicia con seriedad encuentra en el mundo industrial a su principal ejecutor: Taylor (y Ford)” (Le Breton, 2008, p. 79). El cuerpo del obrero deviene una fuerza más de la naturaleza a ser explotada (Campos, 2021) con un claro objetivo: la producción de mercancías.

Evolución de la producción que lleva al nacimiento de un nuevo tipo de racionalismo, aquel que queriendo dominar las cosas, termina siendo dominado por ellas (Patocka, 2016). Dominio del fetichismo de la mercancía que nos sitúa en la concepción del valor contemporáneo, la capitalista.

Ahora bien, entre el dominio de la cosa sobre el hombre y el fetichismo de la mercancía podríamos pensar en la problemática del objeto de consumo. Pero en el presente dicha discusión resulta insuficiente, porque si algo se encuentra en la posición de objeto de consumo, es el sujeto mismo.

Por supuesto que aquí no nos referimos a un sujeto barrado, del corte significativo, por el contrario, el efecto que han tenido los dispositivos digitales es de sustancialización, el yo ha devenido demasiado real. Lo que sostendremos es que este proceso se consuma a partir de la normalización del uso del dispositivo Smartphone, el cual, a su vez, implicó la aparición de las grandes plataformas digitales. Pensemos entonces en este desarrollo de lo digital.

A partir de los años 90s comienza un proceso de conexión global vía internet, la computadora en el hogar comienza a inaugurar lo que denominaremos la extensión digital: espacio programado de expansión subjetiva, nuevo lugar de experiencias psicológicas. Su funcionamiento temprano, anterior al Smartphone, se asemeja a la cuestión griega: momento de “la navegación” en internet guiada por el interés, el asombro, el juego o el placer. Surgimiento de toda una diversidad de experiencias que hacen a una nueva faceta de lo humano. Lo digital en ese momento es “de nicho”, para entendidos, y se lleva adelante sobre un fondo de misterio que solo “el que sabe” puede recorrer de forma segura. El ciudadano promedio puede, a lo sumo, utilizar buscadores que llevan a links más o menos desconocidos, utilizar sistemas de mensajería tipo mails, y en algunos casos, ser parte de las primeras redes sociales.

Como dispositivo digital, el salto técnico que implicó el Smartphone es inconmensurable. La aparición de los primeros celulares, el Cellphone, como herramienta de comunicación fue la puerta de entrada para la distribución en masa de un aparato que se iba haciendo indispensable en nuestro entramado social. Su avance técnico en la forma de Smartphone consistió en al menos dos cuestiones fundamentales: la conexión a internet de alta velocidad y el desarrollo de sistemas operativos al interior de los dispositivos que permitió la mutación de la experiencia digital gracias al despliegue de las aplicaciones.

Con la distribución de estos dispositivos la conexión a internet dejó de estar recluida a un espacio físico y a un recorte temporal, pasó a ser móvil y permanente. En el uso de internet, la metáfora de “la navegación” deja su lugar a las grandes plataformas (Instagram, YouTube, Twitter, WhatsApp, etc.) que comienzan a funcionar como la puerta privilegiada de entrada a lo digital, y a partir de ellas un desplazamiento fundamental se concreta en la extensión digital: el motor de búsqueda como actividad central en el uso de internet cede su lugar al algoritmo de las plataformas como consumo pasivo y continuo de contenido. La forma temprana del uso de internet no desaparece, sigue existiendo y convive con el avance del Smartphone, pero queda relegada a una función secundaria. En la actualidad, la esencia del estar conectado a internet es una experiencia digital mediatizada por las grandes plataformas¹.

Es en ellas que algo de la fascinación cartesiana por la figura del autómatas adviene en el hombre como Cyborg. El híbrido humano-máquina, a nivel psicológico, tiene una existencia concreta. Suponemos una etapa embrionaria de la extensión digital en los primeros ordenadores, y si entendemos que la integración de esta nueva dimensión del ser aparece

¹ Aunque no es parte de las grandes plataformas, debería destacarse el consumo de pornografía como uno de estos grandes usos contemporáneos, e incluso como lugar donde, en busca de contenido específico, se mantiene algo de la metáfora de la navegación.

con el dispositivo Smartphone es por el quiebre que este introduce en la relación con el espacio y el tiempo. Estar conectado en todo momento y en todo lugar hace que la distinción temprana entre lo virtual y lo real nos resulte lejana. A nivel psicológico, la actualidad se nos presenta como una hibridación entre lo humano y lo virtual donde una parte central de la experiencia humana se encuentra mediatizada por dispositivos digitales.

Si es cierto que el medio es el mensaje, si las nuevas tecnologías como modo de extensiones del sí mismo introducen cambios tanto a nivel personal como social (McLuhan, 1964), entonces se impone interrogarnos por lo novedoso de las tecnologías, llegar a lo inusitado de sus cambios. Solo al seguir tal camino, en nuestro caso, al pensar el funcionamiento de las plataformas en tanto son la modalidad rectora de la extensión digital, es que podremos situar la problemática de la identidad. Pero detengámonos un momento en este último concepto.

La identidad puede concebirse como la combinación de opiniones y experiencias, suma de identificaciones que, con mayor o menor integración, resulta de las miradas, voces y propuestas de los otros significativos que nos rodean (Hornstein, 2016) dando lugar a lo que llamamos “sí mismo”, permite decir “yo soy esto”. Desde esta concepción podríamos pensar a la identidad mediatizada por dispositivos digitales como una identidad virtual, siguiendo a Muros (2011) como consecuencia adaptativa del sujeto frente a nuevas circunstancias contextuales, en este caso de la adaptación a los medios digitales.

Aunque pensar esta dimensión de la extensión digital como una “identidad virtual” pueda resultar interesante, sostenemos que en el presente no se trata de una identidad otra que se elabora en paralelo a una “real”². Por el contrario, el avance técnico, en tanto a nivel psicológico el humano funciona como híbrido con la máquina, implica una mutación radical de la identidad que integra estas nuevas dimensiones emergentes de lo digital. En otras palabras, ya no hay una identidad no virtual, no mediatizada por los dispositivos digitales. Aquello que la psicología teoriza como identidad contiene en su interior una peculiar virtualidad que es consecuencia del avance técnico.

Para dar cuenta de dicha integración, seguiremos los desarrollos de Moeller y Ambrosio en su libro *You and your profile* (2021). Allí los autores desarrollan tres grandes modalidades de la identidad que a su vez se corresponden a distintos momentos históricos. La más temprana, y menos compleja de ellas, es llamada Sinceridad. La identidad como Sinceridad sería un constructo que responde a la adhesión a los roles sociales establecidos.

² El artículo de Muros es del 2011, por lo tanto, lo que llamamos extensión digital aun acontecía en el ordenador. El quiebre que introduce el Smartphone todavía no era una realidad y, por lo tanto, trazar una distinción entre “real” y “virtual” tal vez podía tener su sentido. En el presente, el avance técnico con el que nos encontramos hace de este tipo de distinciones un error de lectura.

Un estar implicado y el responder “sinceramente” a los distintos espacios sociales a los que somos convocados desde el momento en el que nacemos. La identidad a este nivel funciona como respuesta adecuada al rol social (género, casta, profesión, etc.).

Este modelo tradicional de la identidad comenzaría a ser reemplazado por una dimensión más compleja que los autores llaman Autenticidad. Tal modelo de la identidad sitúa que detrás de los roles sociales se encontraría una verdadera identidad. Se trata entonces de acceder a esa dimensión más creativa, original y propia del sí mismo. Por eso, su metáfora principal es el remover la máscara para acceder a una nueva dimensión de este sí mismo, una forma “más auténtica de sí”³. Se constituye así una identidad centrada en el individuo original en la búsqueda de sí mismo.

Los distintos modelos de la identidad no se reemplazan unos a otros, coexisten. Lo que ocurre es un desplazamiento donde el eje rector de la identidad pasa a estar en tal o cual posición. Si en la concepción más temprana de la identidad su núcleo era responder a ideales sociales, la autenticidad como rebelión busca construir un yo más original. Ahora bien, en el presente, donde la realidad se encuentra mediatizada por dispositivos como el Smartphone, el desplazamiento de la identidad se dirige hacia las grandes plataformas digitales. La cuestión será la creación de perfiles como tecnología de la identidad. Tercera concepción de la identidad que los autores llaman Proficiency.

Concepción de identidad que se sostiene en la construcción cuidadosa de los perfiles con los que nos presentamos ante los otros en los medios digitales, “Proficiency demands the curation of profiles”⁴ (Moeller & Ambrosio, 2021, p. 253). Su validación no responde a un rol social determinado, o a la búsqueda de un ser más auténtico, sino que responde a la buena visualización, cuantificable en una doble dimensión: de cantidad y de calificación (rating).

Forma contemporánea de la identidad que los autores rastrean en el mundo del marketing. Es en la producción de la identidad que las distintas marcas hacen a los productos que consumimos que aparece el prototipo de la Proficiency. Campo de los objetos de consumo donde departamentos de marketing crean la identidad de las marcas mediante la definición de sus distintas cualidades, valores y promesas que el objeto posee. Para luego, mediante grandes campañas propagandísticas, comunicar esta nueva esencia. Poco a poco se establece la identidad de productos que con el solo conocimiento de su marca dan cuenta de sus propiedades intrínsecas.

El cuidado y el cálculo, ser un curador del propio perfil, hace de la identidad como Proficiency la construcción de una marca del sí mismo. Por lo tanto, es a partir de la mediación

³ No debería descartarse el impacto del desarrollo de nuestra disciplina en occidente durante el siglo XX como condición de posibilidad de este desplazamiento de la identidad.

⁴ “La Perfilicidad demanda la curación de los perfiles” Traducción propia.

de la identidad por dispositivos digitales que la posición del sujeto vira hacia el lugar del objeto de consumo. Aparición de una nueva demanda sobre el yo que introduce

The constant pressure to update one's feeds, to present new posts, and to curate one's persona(s) takes its toll. Once you have turned your brand into a successful profile, you need to perpetually display and maintain it. This can soon become exhausting, or worse. (Moeller & Ambrosio, 2021, p. 233)⁵

Que el uso intensivo de redes sociales se asocie a un detrimento de la salud mental (Twenge, Haidt, Joiner, Campbell, 2020), no debe sorprendernos, por el contrario, es la resultante lógica de la demanda que introduce la Profilicity.

Si la relación temprana con internet nos llevó a la analogía de la fascinación griega por el artefacto técnico, la actualidad post Smartphone nos lleva hacia la analogía con el industrialismo. Pero aquí la producción no será la de objetos de consumo, sino la de un sí mismo que, mediatizado por dispositivos digitales, produce capital. La gratuidad de las redes sociales no es difícil de explicar, el usuario es el producto y el costo es subjetivo.

Ahora bien, si la Autenticidad respondía con la verdad del individuo a la demanda de los roles sociales de la Sinceridad, con la Profilicity, se produce una relación paradójica. Para mostrarse auténtico, original, o creativo dentro de esta última tecnología de la identidad se debe recurrir a una dimensión performática que la preocupación por el perfil pone en el centro de la cuestión. La forma para distinguirme de los demás, para establecer mi verdad, o sea, responder a la demanda de la Autenticidad, es mediante una performance digital calculada. En otras palabras, la dimensión de la verdad de sí toma un tinte de la actuación, de lo performático, por eso mismo pasa a definirse por valores estéticos. Como resultado de este proceso, la nueva técnica hace del oxímoron estandarización de lo singular un hecho normal en redes sociales.

Corrimiento paradójico al interior de la identidad como Profilicity que no debe llevarse hacia la noción de una nueva máscara. Lo performático funciona como un cálculo aproximado de lo que debe ser el perfil correcto, pero no se ejecuta al modo de la mentira o del engaño que debe ser revelado (camino de la Autenticidad), sino que responde a un real que establece las condiciones mismas de la Profilicity. Acceder a dicho real requiere retroceder en nuestros pasos y volver sobre la problemática de la identidad siguiendo la enseñanza de Jacques Lacan.

⁵ "La constante presión a actualizar el propio feed, presentar nuevos posts, y el curado de la propia persona(s) pasa factura. Una vez que convertiste tu marca en un perfil exitoso necesitas mostrarlo y mantenerlo perpetuamente. Esto puede rápidamente hacerse cansador, o peor." Traducción propia.

II. Narciso digital

Gozoso estaba el espíritu impuro,
Con la esperanza de encontrar ahora
Quien pudiera orientar su vuelo errante
Camino del paraíso, la dichosa
Morada del hombre, fin de su viaje
Y principio de nuestros infortunios.

Milton, El Paraíso perdido, L.III, 630

En psicoanálisis la identidad es un concepto problemático. En el texto freudiano no se encuentra formalizado (Passerini, 2021), y al inicio de su enseñanza Lacan rebate la idea de identidad asumida en la práctica analítica de su tiempo. Tampoco posee una entrada en los diccionarios de psicoanálisis más utilizados (Laplanche & Pontalis, 2004; Evans, 2007).

Lo que en psicoanálisis se acerca a una concepción de identidad se corresponde con la instancia del yo. Poder decir yo, identificarse con uno mismo implica algo logrado a nivel de la constitución psíquica. En *Introducción del Narcisismo* (1992) Freud busca dar cuenta de la categoría del yo mediante la conceptualización del narcisismo como etapa de la estructuración psíquica. La construcción del narcisismo desde el autoerotismo implica una “nueva acción psíquica” (Freud, 1992, p. 74) que, aunque en el texto no es explicitada como tal, podemos pensar como proceso de identificación. En dicho espacio Lacan reformula la teoría narcisista en Freud mediante el estadio del espejo, introduciendo allí la identificación primordial con la imagen del semejante.

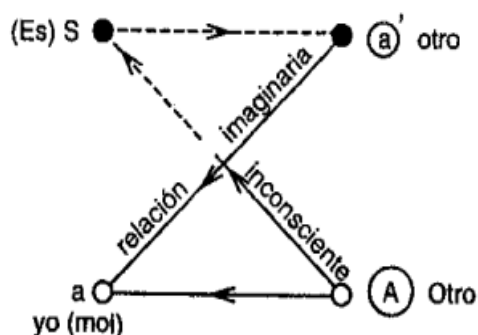
La resultante de dicha identificación es el yo (moi) como sede de lo imaginario. Punto de sospecha y lugar donde Lacan denuncia el desvío posfreudiano en psicoanálisis ¿Cómo concibe dicho desvío? Lacan entiende que los desarrollos posfreudianos se centran sobre un yo que no escapa al eje imaginario. Por lo tanto, las concepciones que hacen del psicoanálisis una terapéutica del perfeccionamiento del yo o una adaptación del yo a la realidad, “la idea de una identidad con autonomía primaria y libre de conflictos, sostenida por los postfreudianos, quedaría para Lacan en el terreno de lo imaginario” (Passerini, 2021, p. 90).

Lo que así se ignora es la esquizia al interior del yo, la dimensión de alteridad que se encuentra en su base. Olvido que hace del yo algo demasiado real, propicia la locura donde el sujeto acaba por creer en el yo (Lacan, 2008)

Por el contrario, si el psicoanálisis establece una pregunta al interior de su práctica, esta no se dirige hacia a una sustancialización del yo. La cuestión no es una pregunta por el “¿quién soy yo?” Sino, y más aún en los inicios de la enseñanza de Lacan con una clara preeminencia de lo simbólico, “¿a quiénes dirijo mi palabra?” “¿quién es mi Otro?” El acceso a tales preguntas requiere la apertura del eje imaginario hacia lo simbólico. Para dar cuenta

de este movimiento y, por lo tanto, de una dirección de la cura, Lacan desarrolla el esquema Lambda

Esquema Lambda (Lacan, 2008, p. 365)



En primer lugar, este esquema articula los ejes de lo simbólico ($A \rightarrow S$) y lo imaginario ($a' \rightarrow a$). Pero a su vez, en un corte vertical por su centro establece un lado del sujeto, duplicado en a y S , y un lado del otro en tanto semejante (a') y como alteridad radical (A) (Eidelsztein, 2021). Así, la relación intersubjetiva pasa de tener dos términos (yo-otro; analista-paciente) a duplicarse al menos en cuatro elementos. ¿Qué es lo que esta lectura habilita? Impugnar la simplificación que hace del análisis un encuentro entre dos, confluencia que llevaría a la identificación al analista o a una adaptación a la realidad. Tal acción actúa sobre el eje imaginario que, en última instancia, oculta para el yo (moi) la verdad del sujeto.

Por su parte, en este momento inicial de la enseñanza de Lacan la cura estará direccionada hacia el eje de lo simbólico, hacia las determinaciones de ese gran Otro que hacen al discurso de lo inconsciente. Aun así, no se trata de descartar la relación imaginaria, sino de considerar cómo ella funciona al modo de interrupción de un discurso verdadero y de ese modo hacer que el análisis vire desde el eje imaginario hacia el eje simbólico para que, vía la palabra, el yo (moi) acceda a la verdad del sujeto.

Ahora bien, ¿qué sucede si el eje imaginario, en lugar de estar determinado por lo simbólico y su negatividad, se encuentra enmarcado en un símbolo codificado, programado? Desde nuestra lectura pensar la identidad mediatizada por dispositivos digitales es pensar un eje imaginario que, en lugar de tener como posible punto de fuga a lo simbólico, adquiere un plus de sobredeterminación desde la extensión digital.

Sobredeterminación que pensaremos a partir del uso de la analogía, mediante una profanación del esquema Lambda. Por lo tanto, si lo que notamos es una carencia de lo simbólico y una presencia de lo programado, lo primero que observamos es una sustitución del lugar del gran Otro, por lo Programado. Como consecuencia el sujeto no tiene lugar en el

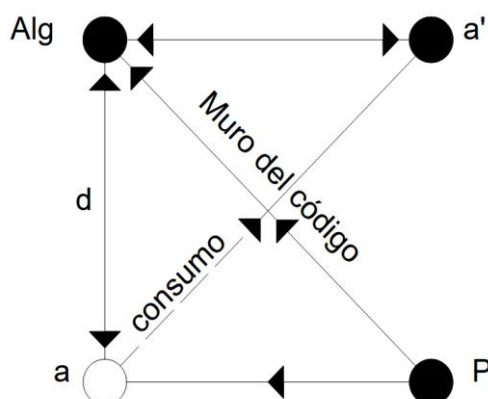
esquema así profanado, y en su sitio ubicamos al Algoritmo. Pensemos entonces lo implicado en esta subrogación de términos.

Lo Programado se manifiesta en el presente en las aplicaciones. Preciso y funcional, determina lo que se puede hacer y no hacer en medios digitales, de ese modo la presunta espontaneidad y libertad de las interacciones digitales entre a y a' se hayan ajustadas a la mediación de este marco de posibilidad. Por su parte, lo que llamamos Algoritmo es solo un recorte dentro de lo programado. Un algoritmo es una serie de instrucciones diseñadas para realizar una tarea específica, y es un conjunto de algoritmos lo que constituye la base de cualquier programa.

La preeminencia que el significativo algoritmo adquirió en el presente más que responder a una precisión técnica, responde a un desplazamiento del cómo nos relacionamos con los medios digitales. No debe pensarse que su existencia es reciente, por el contrario, siempre han estado en la base del desarrollo de la computación. Pero en la actualidad con la noción “El Algoritmo” se nomina más bien una funcionalidad específica propia de las aplicaciones que utilizamos cotidianamente, esto es, los circuitos de retroalimentación que con la información del usuario buscan predecir aquello que querrá consumir. Este movimiento da cuenta del corrimiento de la metáfora de la navegación como búsqueda activa en internet hacia el consumo pasivo de contenido en las grandes plataformas.

Realizada esta distinción, en nuestro desarrollo sostendremos esta representación social de la palabra Algoritmo ya que entendemos que es entre dichos circuitos de información que en medios digitales se modula la relación entre el yo y el otro. Presentemos entonces el esquema profanado

Esquema profanado (elaboración propia)



Dicho esquema busca dar cuenta del plus que se añade sobre el eje imaginario, la demanda digital. Pero llegar a ella, implica dar cuenta de las modificaciones que el cambio de elementos introduce en el esquema.

El eje Programado-Algoritmo introduce lo que llamaremos, sin alejarnos tanto del maestro, el Muro del código. Si en el desarrollo lacaniano nos encontrábamos, sobre el eje imaginario, con un Muro del lenguaje que “toma a los yo imaginarios por cosas no simplemente ex-sistentes, sino reales” (Lacan, 2008, p. 366), esto es, objetivizando al otro semejante, el muro del código irrumpe sobre esa direccionalidad permitiendo en el otro una sustancialización segunda vía la performance digital, mediante la correcta presentación estética.

Retomando el dilema que se presentaba al interior de la identidad como Profilicity, la performance de lo auténtico, en nuestra lectura dicha paradoja es el resultado de la mutación del lugar Otro. Desde la irrupción del Muro del código entre a y a' , lo que da lugar a la supuesta paradoja es que el reconocimiento deja de estar sostenido en el Otro como alteridad radical. En todo caso, lo que actúa en el lugar del Otro hace a un reconocimiento mucho más visible. En vez de establecerse una relación con la verdad del sujeto, lo que se pone en juego en las plataformas es una dimensión de validación cuantitativa (visualizaciones, likes, ratings, etc.) que pasa a estar en el centro de una dialéctica entre el yo y el algoritmo.

Pérdida del aura en la reproducción técnica del sí mismo por la falta de una dialéctica con la verdad. Lo que aquí no está en juego es lo singular. En la desesperación por “ser alguien” ante el *ojo* del algoritmo se conforman narcisismos marcados por una demanda estética a su interior que, por sus condiciones mismas, jamás puede ser cumplida. Al establecer una dialéctica que explota lo imaginario, no hay corte posible, siempre se podrá demandar más: “Pensé alguna vez que mi cara no era la que yo hubiera elegido. Entonces me pregunté cuál hubiera elegido y descubrí que no me convenía ninguna” (Bioy Casares, 1973). En nuestra mediación digital, sin descubrimiento alguno, los ojos del algoritmo culminan por hacer de los narcisismos de sus usuarios un lugar más pobre.

Por lo tanto, la paradoja de la unión auténtico-performático no es tal, simplemente, en el camino de su distinción técnica y sin una verdad en su dialéctica, la identidad como Profilicity es más pobre e inauténtica. Su núcleo se establece en la demanda de performance que se presenta al yo vía el algoritmo. De lo que se trata es de ser un buen “curador” del perfil, responder acorde a una estética mediante una performance socialmente habilitada desde la irrupción del Muro del código.

Esta nueva demanda introduce una dirección extra en nuestro esquema. El algoritmo determina, pero al mismo tiempo es determinado. Doble vertiente en sus relaciones con el yo y el otro que representan a los circuitos de retroalimentación de información. Mediante estos, las interacciones de los distintos yoes en los medios digitales se articulan en lo algorítmico para representar de forma más acorde los supuestos gustos del usuario. Y en el mismo movimiento, permiten la recopilación de información que habilita a realizar cambios más

generales en lo Programado. Que todos los vértices lleguen al algoritmo y que este esté en el lugar del sujeto no es sorprendente, remite a la centralidad de lo informacional. Información que al ser procesada modula nuestras interacciones, y a su vez permite reorganizar a los medios digitales mismos.

Asimismo, la relación Programado y Algoritmo no deja de ser un eje que produce capital. Como tal, necesita una constante adaptación, tanto desde avances técnicos como desde la información adquirida de los usuarios. Modificaciones que se presentan al usuario en la direccionalidad de $P \rightarrow a$, la interfaz, aquello con lo que interactúa, lo que tiene posibilitado hacer en dicha plataforma. La interfaz es una de las dimensiones que más se adaptan hasta encontrar el funcionamiento que permite hacer que el usuario esté la mayor cantidad de tiempo posible en la plataforma. Llegado a ese punto, la interfaz solo adquiere modificaciones menores.

Una vez se encuentra la fórmula atencional se la mantiene, ya que es por vía de la interacción del usuario al interior de la plataforma, la cual se fomenta captando su atención, que se produce capital en una doble vertiente: por el marketing en la exposición de propaganda, y por la información mediante la producción de datos obtenidos en la interacción de los usuarios al interior de la plataforma.

La interfaz termina siendo el mediador de la interacción con el otro. Y es bajo dicha mediación que la relación del yo con el otro gira en su direccionalidad. En el juego de espejismos que se produce en las grandes plataformas, la relación con el otro pasa a ser exclusivamente de consumo. La sustancialización estética que realiza la mediación de los dispositivos digitales es convertir al otro en objeto de consumo. La determinación que en el esquema Lambda provenía del otro como semejante, aquí se origina en lo algorítmico como una constante demanda de corrección estética. El responder acorde a esa estética convierte al usuario (yo) en buen producto, en objeto de consumo y deriva en la encerrona imaginaria de un plus de determinación digital, novedosa inconsistencia al nivel narcisista.

Que la curación del propio perfil se dirija a un otro generalizado⁶, lugar del Algoritmo, hace que la otredad se diluya en el cálculo estético. El lugar del semejante (a'), si cumple las condiciones estéticas, será el del buen contenido, objeto a consumir y el espacio donde depositaremos nuestra atención como usuarios al interior de una plataforma.

Pero esta analogía tiene sus límites, y si bien consideramos dilucidado en algo el funcionamiento de lo digital sobre el eje imaginario, aún no hemos accedido al real que prometimos en la sección anterior. Avancemos entonces en esa dirección.

⁶ Moeller y Ambrosio trabajan con la figura de un “general peer”, que podría traducirse a semejante general.

III. El contenido y lo real

Con todos los ojos ve la criatura
lo abierto. Solo nuestros ojos están
como vueltos del revés y puestos del todo en torno a ella,
cual trampas en torno a su libre salida

Rilke, Elegías de Duino, Elegía VIII, 5

En su ensayo “La pregunta por la técnica” (1984) Heidegger realiza su crítica a la concepción moderna de la técnica. Para este autor, cuando el avance técnico deviene en mero instrumento utilitario se pierde la posibilidad de acceder a la esencia que está en juego a nivel de la técnica. Se pierde la posibilidad de tomar al avance técnico como un modo de comprensión y des-velamiento de la verdad. Peligro ante el cual, el escape de la seducción de lo técnico y la recuperación de la *tekné* de la antigüedad permiten acercarnos a una concepción antigua del “producir lo verdadero en lo bello” (Heidegger, 1984, p.146): la *poiesis* de las bellas artes. Apertura del pliegue de la técnica sobre lo técnico que nos dirige hacia su esencia en el ámbito del arte, “siempre y cuando que la reflexión artística, por su parte, no se cierre a la constelación de la verdad, tras la cual *vamos*” (Heidegger, 1984, p.148)

En dicha búsqueda de la verdad trazamos la relación con lo auténtico. Pero en psicoanálisis esta no es una búsqueda identitaria, no se trata de la verdad ni de lo original como Autenticidad. Lo que nos guía en nuestra exploración es una ética que pone al deseo en su centro. A esta verdad, la del deseo, solo la vemos acontecer en el no-ser, en los restos del encuentro fallido con el Otro que con sus migajas da lugar a la categoría esencial del valor en psicoanálisis, el objeto a.

Si en Lambda nos encontrábamos con la preeminencia de lo simbólico como dirección de la cura, desde la invención del objeto causa del deseo, la primacía la toma lo real. Allí dirigimos nuestras naves. Lo real, que quedaba por fuera de Lambda, comienza a articularse con lo simbólico y lo imaginario para ser el eje crucial que permita un fin de análisis.

Giro en la cura y en el psicoanálisis mismo. Se elabora una erótica de la falta que le permite a Lacan establecer su especificidad en el campo psicoanalítico, “Yo no les desarrollo una psico-logía, un discurso sobre esa realidad irreal que se llama la psique, sino sobre una praxis que merece un nombre, erotología. Se trata del deseo” (Lacan, 2007, p.23).

Ahora bien, es en ese mismo espacio, aquel donde el psicoanálisis desarrolla su erótica, que el sujeto moderno es capturado en el plus-de-gozar que derivan de los objetos de la ciencia, las latosas. “Neologismo creado por Lacan para designar objetos ready-made, producidos por la ciencia moderna, que se sitúan en el lugar del objeto a” (Maleval, 2020, p. 10).

¿Es este el lugar que ocupa el Smartphone? Lo digital no hace las cosas tan simples. Al inaugurar un espacio virtual en el cual hemos situado la idea de extensión digital, nuestra atención no debe dirigirse solo al medio tangible, hacia una problemática de las “pantallas”. Lo que debemos pensar es esa mediación segunda, lo codificado, ya que es allí donde en todo caso se produce la obturación de lo real. En el presente se nos manifiesta como problemática estética, como el cálculo codificado de una infinidad de interacciones entre usuarios. Sitio donde la mirada del semejante, por fuerza bruta del código, muta en una mirada técnica y en ese desplazamiento adquiere la cualidad de lo medible. Su valor pasa a lo cuantificable como número exacto. Solo entonces el resto que se desprende de la mirada del otro termina por limitar nuestra erótica en el momento en que se articula a un plus-de-goce técnico que logró adquirir una centralidad en nuestras relaciones.

Este producto tiene un nombre específico: el contenido. Inespecífico y variable, su cualidad es la mutación. Desde la foto de nuestras mascotas hasta la pornografía, lo que consumimos en medios digitales adquiere una valoración estético-fotográfica que necesita de precisos ángulos, brillos, y recortes. En un trasfondo de ironía y buscando algo tanto de la sorpresa como de la belleza, el contenido pasa a regular las relaciones digitales. Lejos está de pertenecer sólo a influencers que literalmente viven de él. El buen contenido, esto es, la buena estética digital, es parte cotidiana de nuestras interacciones sociales mediadas por dispositivos digitales, es una de las claves de la extensión digital en tanto captura de la atención. De ese modo, el buen contenido al mismo tiempo que logra que el otro semejante nos responda, hace que el algoritmo obtenga información y que el capital de las plataformas aumente.

Por lo tanto, si algo adquiere la cualidad de latosa no es el dispositivo Smartphone, sino ese sí mismo extendido en lo digital que se produce como contenido para ser visto. El espacio de la mirada donde puede acontecer el sujeto deviene en objeto de consumo, oculta su falta. “El mundo es omnivoyeur, pero no exhibicionista -no provoca nuestra mirada.” (Lacan, 2010, p. 83) lo algorítmico, como mundo digital, se consume sobre una subversión exhibicionista: provoca a una mirada que acontece sin esquizia.

Pero este real suturado no es el fin de la cuestión. “Lejos de señalar una separación entre la gente y otros seres vivos, los *cyborgs* señalan apretados acoplamientos inquietantes y placenteros” (Haraway, 1995, p. 257), y entre ellos aún encontramos un lugar para el deseo. Acceder a él implica seguir el camino de la repetición.

La repetición adquiere distintas acepciones en la enseñanza de Lacan. En sus primeros seminarios, responde a la insistencia del significante, se encuentra en relación con lo simbólico. A partir del viraje hacia lo real, y la introducción del objeto causa del deseo en la

teoría lacaniana, la repetición pasa a situarse en relación a la causa y lo traumático, en el límite del no acontecer de lo real.

Tal distinción, puede pensarse, siguiendo a Ritvo (2021) mediante los términos de reproducción y repetición. Así, la mirada del algoritmo nos acerca a la reproducción en tanto “la no posibilidad de sostener el deseo no es la repetición, sino la reproducción [...] modo de defenderse, ahí sí habría que hacer un distingo, es un modo de defensa contra la repetición” (Ritvo, 2021, p. 164). Llegar a la repetición como *Tyche* implica lidiar con esa faceta reproductiva de la repetición. En medios digitales, el producir las vías para ese encuentro con lo real y, por lo tanto, en dirección a la causa, requiere de un recorte particular: el nombre.

Ante una extraña Otredad magnificada por el código que demanda una especificidad estética, el nombre del otro hace de lo general un específico, de lo diluido un singular. Como corte de la amalgama digital, el nombre permite recuperar la especificidad del semejante. Restablece la otredad y hace del usuario un sujeto sexuado. La repetición con la que nos encontramos en medios digitales acontece por una sexualidad que el encuentro con ese otro nombrado permite. Por lo tanto, hace a nuevas presentaciones de lo erótico. Solo allí, la condición absoluta del deseo pasa a ese semejante e involucra una erótica que lo posiciona como ese Otro que de forma invertida instala el lugar del sujeto.

Entre la mirada demandante y la deseante se abre una puerta para lo pulsional. En el momento que recorto a ese otro y circula una erótica, el ser visto como satisfacción cuantitativa y posición pasiva puede llegar a la voz media reflexiva de la pulsión, un hacerse-ver que articule el propio deseo. Pequeño margen de esperanza que nos basta para situar que aún en las fauces del avance técnico y su sobredeterminación imaginaria, el sujeto del psicoanálisis y su erótica pueden aún acontecer.

Conclusiones

Luego de los atentados al World Trade Center la emisora pública de televisión KTEH en California decidió reemplazar su programación habitual. En una elección que no se aleja del encuentro azaroso de la *Tyche*, emite el capítulo 7 “Society” de Serial Experiments Lain. Dicha producción, mixtura de surrealismo, conspiraciones y furor técnico, desarrolla su trama en los límites de la problemática mente-cuerpo, traducida en la serie a la dicotomía internet-cuerpo.

Entre sus respuestas al terrorismo el 26 de octubre de 2001 Estados Unidos aprueba el PATRIOT Act. Dicha ley aumenta las aptitudes del estado para controlar a sus ciudadanos. Se abre una disputa entre seguridad y libertad. En 2013 Snowden filtra los programas PRISM y XKeyscore, grandes esquemas de vigilancia masiva sobre la ciudadanía llevados adelante por la inteligencia estadounidense. La filtración generó un escándalo diplomático internacional.

¿Por qué destacamos dichos momentos? Porque el cambio de siglo parece estar signado por una dimensión de control que deja como claro ganador del debate entre seguridad y libertad al primero. El desarrollo tecnológico no está absuelto de esta preocupación por el control y la seguridad, por el contrario, es el medio esencial de su avance.

En la actualidad el escándalo Snowden parece lejano. Una parte de nosotros mismos, lo que intentamos nombrar como Extensión digital, se encuentra compuesta por circuitos de retroalimentación de información que modulan la interacción con el otro. Algo de lo que somos responde a Data Centers de las distintas plataformas que habitamos cotidianamente. La expansión técnica de la subjetividad y la producción de capital comparten el mismo espacio y la misma dinámica.

No sería del todo descabellado situar en 2020, durante la pandemia, cierta culminación de este proceso de hibridación humana en lo digital. Durante casi dos años, gran parte de la humanidad se encontró encerrada e hiperconectada. Quienes todavía no habían ingresado al proceso iniciado con la aparición de los Smartphones durante la década del 2010, lo hacen ahora por fuerza mayor.

La Proficiency deja de ser cuestión de los jóvenes. La gran mayoría de la población pasa a construir una marca de sí mismo, comienza a venderse en redes sociales produciendo nuevas valoraciones estéticas que, lo que hemos llamado Algoritmo, empieza a demandar. La interacción con el otro y uno mismo pasa a estar irremediamente mediada por dispositivos digitales haciendo de la hibridación psicológica del hombre un hecho. El cyborg deja de ser ciencia ficción, pasa a ser realidad psicológica.

A su vez, el giro en lo político. El crecimiento de la mediación técnica de nuestras relaciones convirtió en necesidad política la acorde respuesta a la estética del algoritmo. La organización democrática hace de ella una necesidad, y una política de lo solemne comienza a dejar su espacio al contenido como medio de validación. La pura dimensión de la cantidad mediante la exposición en la forma de contenido pasa a ser el registro de la victoria política.

Locuras que soportamos a nivel político parecen responder a un nuevo contrato social que la mediación técnica introduce en nuestras vidas. En este escrito intentamos abordarlo someramente con la noción de Muro del código. La constante exposición al contenido que el consumo pasivo vía lo algorítmico introduce en nuestras vidas parece generar una especie de desensibilización particular que hace de lo extremo la única posibilidad del escándalo. Hacia dicho extremo apunta el contenido, se trata de saber jugar en el límite de una pseudo transgresión.

Por eso, más allá del problema identitario que pensamos como Proficiency, lo que aquí está en juego son las distintas posiciones que comienza a tomar el sujeto a partir del avance técnico. Cómo a partir de la mediación digital nuevos elementos trastocan y desplazan los espacios en donde acontece el sujeto del psicoanálisis.

Destacamos dos de estos espacios, uno sobre el narcisismo y el otro sobre la erótica. Si el eje imaginario nos preocupa por su sobredeterminación algorítmica, la erótica lo hace por la disfunción de la mirada. Aun así, el encuentro con el otro sigue siendo un acontecimiento. Lo erótico persiste, toma nuevas formas.

Pero esto no es una garantía existencial. Se trata de condiciones, como las del sujeto cartesiano, que dan lugar a lo que hoy teorizamos como inconsciente. Condiciones sobre las cuales el avance técnico se muestra inquietantemente irreversible. Que esto nos conduzca hacia oportunidades o finales, lo desconocemos. Con sospecha medita el intelecto, mientras el corazón anhela sus misterios.

Referencias bibliográficas

- Bioy Casares, A. (1973) *Yo y mi cara*. Recuperado de <https://ciudadseva.com/texto/yo-y-mi-cara-bioy/>
- Campos, M. N. (2021) *El desciframiento del mercado*. Buenos Aires: Prometeo libros.
- Freud, S. (1992) *Obras completas Sigmund Freud Tomo 14*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Eidelsztein, A. (2021) *Modelos, esquemas y grafos en la enseñanza de Lacan*. Buenos Aires: Letra viva.
- Evans, D. (2007) *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano*. Buenos Aires: Paidós.
- Haraway, D. (1995) *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.
- Heidegger, M. (1984) *Ciencia y técnica*. Santiago de Chile: Universitaria.
- Hornstein, L. (2016) *Autoestima e identidad*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.
- Koyré, A. (1994) *Pensar la ciencia*. Barcelona: Paidós.
- Lacan, J. (2007) *La angustia*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2008) *El yo en la Teoría de Freud y en la Técnica psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2010) *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (s. f.) *La Tercera*. Recuperado de <https://www.lacanterafreudiana.com.ar/2.5.1.35%20%20LA%20TERCERA.pdf>
- Laplanche, J., Pontalis, J. (2004) *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Le Bretón, D. (2008) *Antropología del cuerpo y modernidad*. Buenos Aires: Nueva visión.
- Maleval, J. (2020) *Coordenadas para la psicosis ordinaria*. Buenos Aires: Grama ediciones.
- Mayr, O. (2012) *Autoridad, libertad y maquinaria automática en la primera modernidad europea*. Madrid: Acantilado.
- McLuhan, M. (1964) *Understanding Media: The extensions of man*. Nueva York: Mentor.
- Milton, J. (2018) *El paraíso perdido*. Madrid: Cátedra
- Moeller, H. G., D'Ambrosio, P. (2021) *You and your profile*. Nueva York: Columbia University Press.
- Muros, B. (2011, Agosto). *El concepto de identidad en el mundo virtual: el yo online*. REIFOP. Recuperado de <https://revistas.um.es/reifop/article/download/207391/166051/741811#page=49>
- Passerini, A. (2021) *El cuerpo en la experiencia virtual*. Buenos Aires: Cascada de letras.
- Patočka, J. (2016) *Ensayos heréticos sobre filosofía de la historia*. Madrid: Encuentro
- Rilke, R. M. (2021) *Elegías de Duino*. Madrid: Cátedra

- Ritvo, J. B. (2021) *Archivo metapsicológico: clases de Juan Bautista Ritvo Epistemología II, año 1990*. Rosario: Otro Cauce.
- Schuhl, P. (1955) *Maquinismo y filosofía*. Buenos Aires: Galatea y Nueva Visión.
- Twenge, J. M., Haidt, J., Joiner, T. E., & Campbell, W. K. (2020). Underestimating digital media harm. *Nature Human Behaviour*, 4(4), 346–348. doi:10.1038/s41562-020-0839-4
- Vernant, J. (1973).: *Mito y pensamiento en la Grecia antigua*. Barcelona: Ariel.